# LA BICICLETA

por un camino humano

año VII • nº 62 • 20 de agosto 85 • $ 120 iva incluido - recargo aéreo $ 1

# LA PEÑA DE LOS PARRA

## CHARLY GARCI
## DONDE LA LUC

★ reportaje y cancion

PASCUA
triste para todos

óscar ichazo
MAS ALLA DE LA DIALECT

aprende a tocar
CHARANGO

♣ HOJA DE PARRA

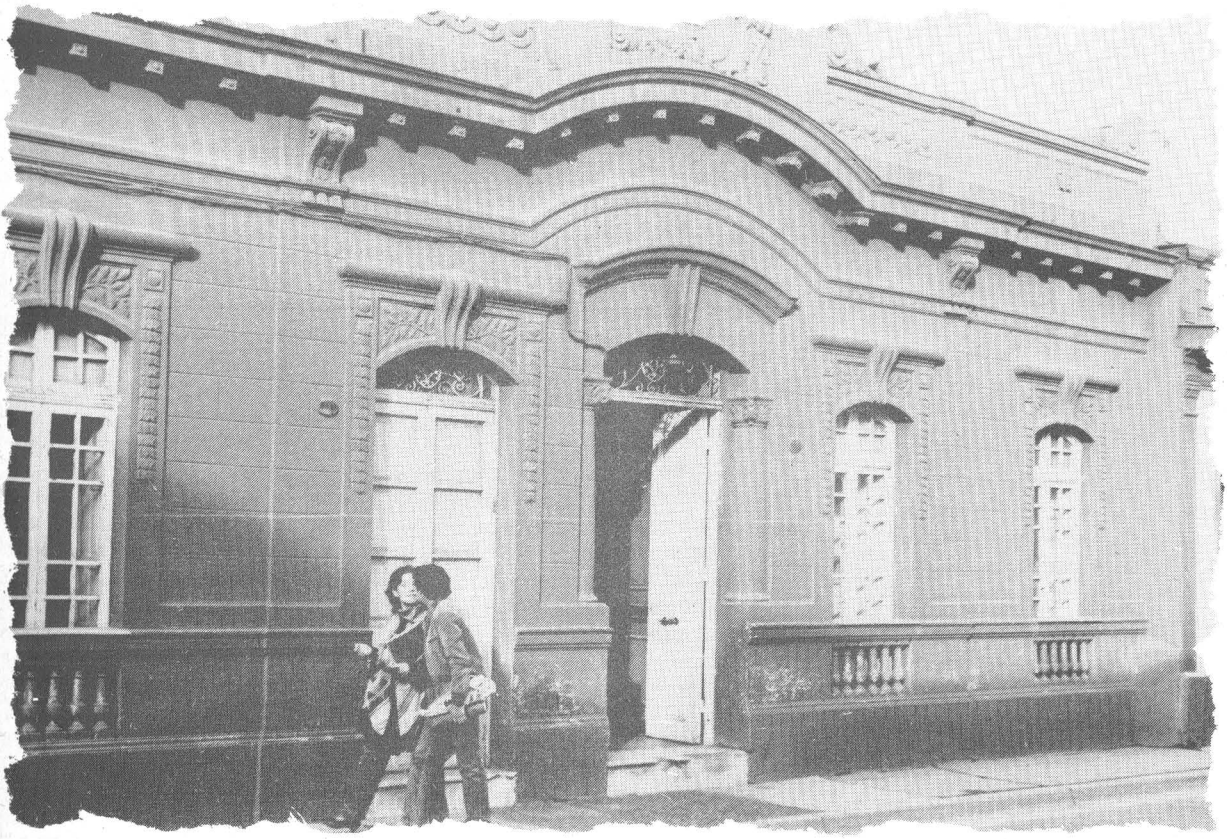
cancionero

# LA PEÑA DE LOS PARRA

## donde se quedó el canto

**Esta es la historia de una casa que se niega a ser museo u oficina burocrática.**

**por Alvaro Godoy**



Carmen 340, una vieja casona estilo colonial, alberga hoy a una productora audiovisual, Filmocentro, y al principal estudio de grabación del Canto Nuevo. Antes del 73 funcionaba allí la primera y más importante casa de encuentro de la Nueva Canción Chilena: La Peña de los Parra. A pesar del 73 y de otros terremotos la casa sigue en pie vibrando con el canto de Violeta, sus hijos y de los que ahora son sus nietos. Claramente no quiere ser un museo ni oficina burocrática.

Generalmente los movimientos culturales y artísticos tienen un centro, un lugar donde la gente se reúne, comparte y donde se vivencian las nuevas formas de ver y encarar la vida, las relaciones con los demás, un minimundo a donde llegar y desde donde irradiar el nuevo sentir. La Peña de los Parra fue como un pequeño corazón musical, intelectual, político y bohemio, no sólo de la nueva canción, sino de gran parte de una generación que marcó la vida de este largo país.

### *LA PIEZA DE ANGEL PARRA*

Marta Orrego, ex-compañera de Angel Parra (tienen dos hijos: Javiera y Angel), fue una de las principales protagonistas y tiène muy vivos los recuerdos de aquellos años, que para ella fueron de los mejores de su vida: "Allí vivíamos el aquí y el ahora, dándonos enteros y viviendo el tipo de vida que soñábamos para el país".

"Angel y yo —me cuenta con orgullo— esperábamos que un día el Chicho (Allende) nos dijera: "Chicos, la Peña no será más de ustedes, sino de todos, del pueblo. ¿Cuánto sería el sueldo que necesitarían los cantores?".

No fue así, pero la Peña fue de to-

dos modos una pequeña república con valores y mística propia.

La idea nació en París, en un viejo hotel, una noche creativa alimentada por el amor de pareja. Sería una mezcla de las tradicionales peñas españolas (lugar de reunión popular y bohemia donde el público generalmente salía a cantar) y las cuevas parisinas donde Angel e Isabel estaban cantando con Violeta. Sin embargo la idea no se concretó sino tres años después cuando Angel vuelve de París (la pareja está momentáneamente separada) y arrienda una vieja casona en Carmen a tres cuadras de la Alameda, formando con otros amigos (pintores, poetas, y así) una especie de comunidad artística, que —dice Marta riendo— él "regentaba". Tiempo después se les uniría Isabel.

Un día, Carmen Rodríguez, una amiga vinculada a una agencia de publicidad, le regaló 30 vasos de botellas de pílsener cortadas y le dijo que porqué no hacía un lugar para hacer música en su casa. Así Angel desenterró la vieja idea, sacó todos los muebles de su pieza y se trasladó a otra, le pidió a su tío Roberto Parra que le hiciera antes del fin de semana algunos banquitos y mesas y un sábado de mayo del año 65 realizó la primera velada musical en su ex-pieza, que más tarde se llamaría La Peña de los Parra.

La idea prendió con mucha rapidez e intuitivamente se fue armando la peña. Se empezó a cobrar unos $ 100 que daban derecho a un vinito, Angel oficiaba de cajero y su hermano Jaime (quien murió años más tarde) de cobrador. Marta fue invitada a encargarse de servir los vinitos. Un día a un amigo se le ocurrió ir a comprar empanadas y venderlas allí, otro día Isabel trajo unos discos de ellos y la gente se los peloteó. A la larga las empanadas darían vida a "El Recreo", una sala al lado de la peña a donde la gente iba a comer algo en el intermedio y al final del espectáculo. Las encargadas eran, por supuesto, mujeres: Laurita Guzmán, Marta Servía, Frida Sharim (hermana del actor Nisim Sharim) y Marta Orrego, quien además instaló su propia tienda de artesanía. Isabel instaló su tienda de discos y junto con Angel administraban y dirigían la peña. Cada cual tenía su pequeño negocio, independientes de los otros, pero solidariamente relacionados. (Algo semejante a lo que ocurre actualmente en Filmocentro).

MARTA ORREGO

El sistema de contabilidad —cuenta Marta— era bien rudimentario pero efectivo. Al final de los tres días de peña (jueves, viernes y sábado), se ponía el turro de billetes y se dividía en dos. Una de las mitades se dividía en partes iguales para Angel e Isabel, la otra se repartía entre los cantores que habían cantado aquellas noches: "todo funcionaba con bastante anarquía, pero bien, con mucho respeto humano. No había neurosis, éramos felices".

Aunque a veces la peña dejaba poca plata y el elenco alegaba (principalmente Víctor Jara, que amenazaba con instalar otra peña en la misma calle), aquel rincón era tan cálido y tan mágico que los cantores siempre llegaban. Tarde, después de sus actuaciones personales, pero llegaban. "Es que era como un laboratorio —explica Marta— una especie de taller donde se probaban ante el público las nuevas canciones. Incluso después del espectáculo la gente se acercaba a los músicos para comentar los estrenos, había mucho contacto. Una noche Angel se dio cuenta que sus canciones, aunque muy aplaudidas, dejaban como melancólico al público mientras que algunas de Víctor lo hacía reír y le subía el ánimo. Se decidió entonces a componer en otra actitud y así nacieron las *Canciones funcionales (Me gusta la democracia,* entre otras) y las carcajadas se oyeron hasta la cocina."

La gente llegaba y llegaba y la pequeña pieza no daba abasto. Violeta, que se había ido a vivir allí con Gilbert Favre cuando se fue Isabel, le aconsejó a su hijo que la agrandara, pero éste no quería. Un día Angel la sorprendió picota en mano derrumbando una de las paredes. La detuvieron porque de lo contrario se hubiera derrumbado el techo, pero llamaron a un arquitecto, se echaron abajo unas paredes, se pusieron pilares y la Viola salió con la suya.

"Ella siempre quería las cosas en grande - dice Marta con clara admiración por su suegra - , por eso tiempo después instaló su carpa en La Reina que, según ella iba a ser la "Universidad del Pueblo".

No lo logró pero tal vez sí; ella en sí misma es una universidad. Eso quedó claro para todos los cantores que la conocieron de cerca en la peña. Esta era de algún modo su prolongación y su multiplicación, incluso actualmente. ¿Cuántas veces habrán grabado sus canciones en los estudios de Filmocentro?

Sus pinturas sobre cartón siguen colgadas allí.

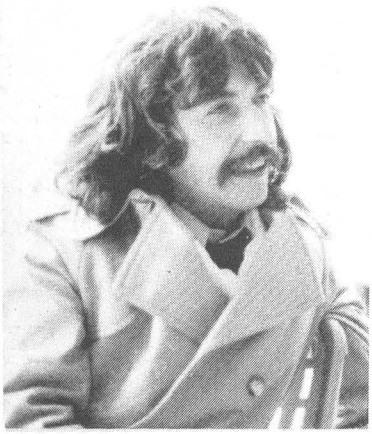
## *VAMOS A LA PEÑA, ¿YA?*

Carlos Necochea —actual director artístico del sello Alerce— era entonces miembro del grupo Curacas y como tal se integró al elenco estable de la Peña y fue un activo gestor en su administración en otro momento de su desarrollo, quizás la etapa de mayor apogeo (67-73).

"La peña —cuenta Carlos— era en realidad un pequeño teatrito al cual se llegaba después de sortear una estrecha puerta. No habían mesas propiamente (como las de ahora) sino sillas y al fondo algunos mesones. Al frente, un pequeño escenario donde se presenta-

ba un elenco estable que hoy por hoy llenaría un estadio. Angel e Isabel Parra, Rolando Alarcón, Patricio Manns, Víctor Jara, Los Curacas y más tarde Tito Fernández. Violeta cantaba de vez en cuando y el Tío Roberto, aunque no siempre aparecía, se hacía presente a través de sus famosas cuecas choras con las cuales Angel y los demás terminaban la primera parte de la noche".

Aparte de estos desconocidos, siempre se dejaban caer algunos paracaidistas inevitables: una noche podían ser los Quilapayún, otra los Inti Illimani, Los Amerindios o Tiempo Nuevo. Del puerto, el Payo Grondona y el Gitano Rodríguez. La gente no quería irse de allí.



Paula Sánchez

Alvaro Yañez-Arrieta

ANGEL E ISABEL PARRA

"Víctor Jara —recuerda Carlos— pensaba que había que dejar al público con ganas y entonces, cuando terminaba su presentación y lo aplaudían y pedían otra, Víctor —como buen actor que era— hacía gestos de gran sorpresa, miraba como desconcertado a todos lados, pero al final se retiraba de todos modos y no volvía más".

Al principio cabían unas 200 personas, pero después de la ampliación se llegó a unas 360 (más o menos la capacidad del Café del Cerro). Esto cambió algunas cosas. Entre otras, se fijó un sueldo estable para los cantores (unos diez mil pesos de ahora por fin de semana). A pesar de que no era mucho, el elenco seguía siendo de primera porque el ambiente y el público eran impagables. Una noche podía llegar Mercedes Sosa o Atahualpa Yupanqui o Daniel Viglietti. La Nueva Trova (Silvio, Pablo y Noel Nicola) estuvo cantando en la peña varios días. También llegaban astros de la canción como Adamo y Piero (Raphael se anunció pero no llegó), o actores y artistas de renombre como Juliette Greco, Michel Piccoli. Era frecuente ver a importantes políticos e inevitablemente algunos grupos de gringos.

Generalmente las visitas famosas eran sacadas al escenario, pero algunos eran muy listos. Carlos recuerda la técnica del viejo Yupanqui: "No traje la guitarra" decía. Y cuando le ofrecían una se excusaba: "Es que soy zurdo".

También recuerda vívidamente una noche de febrero del 67. Angel e Isabel estaban de vacaciones y Violeta cantó en la peña. Mostrándole al público su último disco recién editado les dijo: "Son mis últimas composiciones, cómprenlo". Al día siguiente dejó de componer para siempre.

## *TODO PASA Y TODO QUEDA*

El destino de Carmen 340 después del golpe del 73 es casi un suceso simbólico, pero nunca casual (nada lo es).

Eduardo Tironi, director de cine y televisión, estaba cesante y andaba buscando una vieja casa donde instalar un laboratorio de revelado de cine, por ahí por noviembre del 73. Carlos Necochea lo contactó con Marta Orrego quien le arrendó la casona, puesto que Angel no podría hacerlo pues estaba preso en Chacabuco.

La casa estaba en un estado desastroso, había sido allanada, casi todos los vidrios estaban rotos y algunas paredes semiderruidas. Poco a poco comenzó a ser habitada (una parte) por un grupo de amigos que tenían en mente formar alguna vez una productora. Al principio lo más difícil era esperar (yo los conocí cuando se lo pasaban tomando café y colocando en un tarrito común el precio estipulado por taza). Con el tiempo el laboratorio de cine (blanco y negro, por supuesto) ubicado en lo que fuera la pieza del vino, se fue ampliando y ampliando y ampliando. En una parte de la casa vivía la famosa señora Natalia, que nunca pagó arriendo y que Angel nunca se animó a echar. Por el contrario (esto me lo contó Marta Orrego) sabía alegar muy bien a la hora de los aplausos. Como la peña no tuvo patente legal durante un tiempo y los aplausos molestaban a los vecinos (entre ellos a la señora Natalia) los cantores, para no tener problemas con la guarnición del grupo móvil situada al frente de la peña (¡vaya lugar!) pidieron que el público en vez de aplaudir, chasqueara los dedos (¿?). La práctica, por supuesto no duró mucho.

El caso es que la señora Natalia fue un personaje bastante conflictivo y difícil de sacar de contexto. De hecho fue la última en irse de la casona.

Gracias a su ausencia Filmocentro pudo ampliarse a lo que es hoy, una importante productora audiovisual con estudios de grabación, productora de cine y TV, fotografía, distribución de cine y TV, producción musical de jingles. Al igual que la peña, está formada por sociedades autónomas que en el fondo son personas, amigos con un proyecto común, que mantienen el espíritu que vibra en esa casa. A pesar de tanto aparato técnico sofisticado, mantienen partes, muros, cuadros, música y aspiraciones que parecen las mismas. Además de lo estrictamente comercial Filmocentro se ha hecho conocido por sus trabajos de difusión y testimonios de la actualidad artística y cultural que los medios de comunicación oficial no han recogido.

Si alguien mirara la fachada desde afuera y viera pasar a cada tipo de guitarra en mano franqueando la puerta, pensaría que allí funciona una peña.